

La Tierra del Fuego *

Por **Carlos Alberto Rezzónico**

En lo que hoy es el barrio de Recoleta, allá por la última parte del siglo XIX y primeros años del siglo XX, existió un lugar singular y temible que la vox pópuli bautizó como *Tierra del Fuego*. Sus límites y, como consecuencia su extensión, fueron imprecisos: mientras unos ¹ han afirmado que su perímetro estaba formado por las actuales avenidas Libertador, Pueyrredón, Las Heras y Coronel Díaz, otros reducen su territorio al comprendido entre Tagle, Libertador, Laprida y Las Heras ².

La población de este rincón porteño era de lo más heterogénea: así como vivía en ese lugar el honrado cuarteador con “parada” en la esquina de Gurruchaga y Paraguay, que cita Bernardo González Arrili ³ o aquellos que habían sido matarifes en el cercano matadero, también vivían –y en gran número–, vagabundos, pendencieros y delincuentes de la peor calaña. Acerca de estos últimos, un periodista de la época decía ⁴: “Aquellos no son los barrios de los ladrones más o menos hábiles, de los ‘punguistas’ o de los cuenteros, los que esperan con el legado del tío, de los estafadores en cualquier forma, de los ‘billeteros’, de los que dan el cambiazo o los que, aunque hagan un asalto, huyen a la primera alarma, [...] son en su mayor parte los ‘biabistas’, es decir, los

* Trabajo presentado en el Instituto de Investigaciones Históricas Notariales.

(1) Puccia, Enrique Horacio, *El Buenos Aires de Ángel G. Villordo*, Bs. As., 1976, pág. 24. Morales, Ernesto, *Fray Mocho*, Emecé Editores, Bs. As., 1948, pág. 70.

(2) Diario *La Nación* del 17 de junio de 1896.

(3) *Buenos Aires 1900*, Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1967, pág. 8.

(4) Diario *La Nación* del 2 de septiembre de 1896.

que dan un ladrillazo en la cabeza, desde un hueco, para desmayar a un transeúnte, los que desde una pared dan una pedrada al que pasa tranquilo, los que saliendo de pronto desde una esquina atraviesan el vientre o el cuello de una puñalada, los que fingiéndose borrachos rompen el cráneo del que se acerca, todo eso para desvalijarlo, tras del desmayo o de la muerte, de lo mucho o poco que lleve, sea un caballero el que pasa o un atorrante, como acaba de suceder con Luppi, el pobre foguista asesinado de 14 puñaladas”.

Los habitantes de la *Tierra del Fuego* vivían al raso, en carpas o habitaciones precarias, algunas veces construidas en forma elevada para evitar las consecuencias de las crecientes del río. Durante el día dormían, cantaban o bailaban. “La sangre corría a veces al final de las discusiones que originaban el partido de naipes, el reparto del botín o los ojos negros de la china encargada de servir el mate o la caña”.

Como si fuera la otra cara de la moneda, recordemos que allí, en ese *barrio*, vivió su infancia el creador del tango *Don Juan*, Ernesto Ponzio, *el Pibe Ernesto*. Quizás en ese lugar conoció los secretos del garito y del prostíbulo pero, como dice Luis Adolfo Sierra ⁵, nunca estuvo mezclado con el *rufianismo* diplomado ni se sentó jamás frente a un tapete orquestado con ventaja.

La urbanización desplazó a aquella población de bandidos y malevos hacia los bosques de Palermo y es por eso que durante la tarde y la noche del 1º de febrero de 1902 ⁶, el comisario Julio Araujo, de la seccional 17ª, resolvió dar una batida por aquella zona y por la *Tierra del Fuego*, logrando atrapar más de cincuenta malevos.

¿Por qué *Tierra del Fuego*? Miguel Ángel Scenna ⁷ nos da la respuesta: “Entre esos barrios fronterizos despunta uno que alcanzaría larga fama, ubicado entre la Recoleta y la Penitenciaría Nacional que se empezó a construir en 1870 y fue demolida en 1956. Por allí se levantaba el barrio de las cuarteras de Palermo y años después vio aumentada su densidad con la clientela que era recluida dentro de los muros de la cárcel. Cuando en Ushuaia se levantó el famoso presidio, por combinación de ideas la barriada de la penitenciaría fue llamada *Tierra del Fuego*. Región de siniestro aspecto, poblada de maleantes y malevos, donde rarísima vez se aventuraba la policía...”.

Borges, que tanto gustaba referirse al arrabal, nos recuerda este dicho:

*Hágase a un lao, se lo ruego
que soy de la Tierra ‘el Juego.*

(5) Sierra, Luis Adolfo y otros, *Ernesto Ponzio*, Ed. Las Orillas, Bs. As., 1985, pág. 10.

(6) Diario *La Nación* del 2 de febrero de 1902.

(7) *Cuando murió Buenos Aires – 1871*, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1974, pág. 111.